

THESIS

NUEVA REVISTA DE
FILOSOFIA Y LETRAS

- ▶ **JOSE GAOS**
- ▶ **FRANCISCO MIRO QUESADA**
- ▶ **VERA YAMUNI**
- ▶ **OSCAR ZORILLA**
- ▶ **LEOPOLDO ZEA**
- ▶ **ERNESTO MEJIA SANCHEZ**
- ▶ **ANDRES LIRA**
- ▶ **LUIS ELIO**
- ▶ **JOSE ANTONIO MATESANZ**
- ▶ **FELICITAS LOPEZ PORTILLO**

3



**HOMENAJE A
JOSE GAOS
HOMENAJE A
ALFONSO REYES**

OCTUBRE / 1979

THESIS

Nueva Revista de Filosofía y Letras.

Año 1, Número 3

Octubre / 1979





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo
Secretario General Administrativo:
Ing. Gerardo Ferrado Bravo

Secretario General Académico:
Dr. Fernando Pérez Correa

THESIS. NUEVA REVISTA
DE FILOSOFIA Y LETRAS

Publicación Trimestral de la
Facultad de Filosofía y Letras

Director: Abelardo Villegas
Editor: José Antonio Matesanz
Consejo de Redacción: José Pascual Buxó,
Juliana González, José Antonio Matesanz

Secretaria de Redacción: Elsa Cross.
Diseño: Germán Montalvo

INDICE

La tradición presente. JOSE GAOS 5
Lo mexicano en filosofía

Homenaje a JOSE GAOS 15

LEOPOLDO ZEA 16
José Gaos en el recuerdo

FRANCISCO MIRO QUEZADA 20
La filosofía como aventura personal

VERA YAMUNI 28
De la aforística de José Gaos

ANDRES LIRA 35
Recuerdos del seminario de José Gaos

OSCAR ZORRILLA 40
Soneto

HOMENAJE A ALFONSO REYES (1890-1959) 41

ERNESTO MEJIA SANCHEZ 42
Una antología impersonal de Reyes

LUIS ELIO 50
Soledad de ausencia. Entre las sombras de la muerte. España, 1936 (fragmentos)

JOSE ANTONIO MATESANZ 64
La guerra civil española

FELICITAS LOPEZ PORTILLO 71
Características del "fascismo" español

NOTAS Y RESEÑAS

Roberto Heredia Correa sobre la Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana. 77

Recuerdos del Seminario de José Gaos

“Somos lo que hacemos y decimos y lo que otros nos hacen hacer y decir”, apuntó José Gaos en alguno de sus múltiples escritos. Sobre lo que le hicimos hacer y decir y sobre lo que él hizo hacer y decir a unos estudiantes que trabajamos bajo su dirección en los últimos años de su vida, escribo algo ahora que la ocasión se presta para recordarlo.

La fama de Gaos como riguroso profesor y difícil escritor había llegado hasta nosotros antes de iniciar, en febrero de 1964, el curso de ingreso a la maestría en historia en El Colegio de México. De la dificultad de sus textos nos convencimos muy pronto, pues en la primera clase que tuvimos con Luis González y González, profesor de *Introducción a los Estudios Históricos*, se nos encargó la lectura y comentario de las “Notas sobre la historiografía” de José Gaos.¹ La tarea resultó trabajosa; si veíamos ideas claras en ese artículo, tuvimos que luchar con una puntuación y una economía del lenguaje muy extrañas, para entender lo que era el resumen de un curso dictado por Gaos muchos años antes.

A finales de ese primer semestre de 1964, se nos anunció que Gaos impartiría una clase de *Filosofía de las Ciencias Humanas* a varios grupos de estudiantes en el auditorio de El Colegio durante el segundo semestre. Nos asustamos un poco pero nos resignamos a escuchar al dificultoso autor de las “Notas sobre la historiografía”.

Pero lo que no sabíamos y fuimos viendo y aprendiendo gratamente, era que el Gaos expositor completaba y justificaba al Gaos escritor de manera admirable. En efecto, los textos que leídos por nosotros resultaban difíciles de entender, eran perfectamente comprensibles en el fraseo con que los reproducía su autor. La palabra, el acento, la modulación de la voz y el ademán servían a Gaos para entregarnos en clase verdaderas piezas acabadas; piezas en las que había vueltas y revueltas sobre el tema principal, sobre parte de éste, o bien sobre alguna palabra y hasta sobre una sílaba que al ser destacadas, cobraban un sentido propio y servían para aclarar la idea fundamental expuesta en cada sesión de clase. Esto nos incitaba a pensar, a discutir entre nosotros y a admirar —con mucho temor reverencial— al autor de piezas tan cabales, quien concluidas las dos horas de clase (de seis de la tarde a ocho de la noche, los jueves), salía solo a abordar un taxi, o a esperarlo si no había llegado.

Nadie se atrevía a acercarse a él para hacerle alguna pregunta o para pedir aclaraciones sobre lo sugerido en clases. Esto fue experiencia repetida por más de dos meses, pero al fin hubo que saltar la distancia que nos imponía aquel temor reverencial pues desde la presentación

del curso, Gaos había advertido que juzgaría nuestro aprovechamiento atendiendo a las preguntas que debíamos hacerle al final del curso sobre lo ahí desarrollado. Y esto porque, según él, costaba más y valía más hacer una pregunta inteligente que dar una buena respuesta, desde el momento que una pregunta inteligente lleva ya en sí la posibilidad de una buena respuesta. Las preguntas debían hacerse al final del curso; las que pudieran ocurrirnos en una sesión de clase eran, en realidad, preparación para otra u otras sesiones, en las que aquellas preguntas posiblemente se resolverían. Y así lo vimos, pues entre las que se nos habían ocurrido y habíamos anotado en previsión del trabajo final, muchas fueron desarrolladas y contestadas en clases sucesivas.

Había, pues, una estructura lógica admirable en aquel curso. También había, es cierto, recursos retóricos y mañas de experto expositor que sabía captar la atención de su auditorio. Sí; pero qué bien y qué positivamente se usaban estos recursos! Años después he leído en los textos de Gaos frases y períodos completos escritos mucho tiempo antes de aquel y de otros cursos que le escuché; pero la verdad es que al reproducirlos en clase daba la impresión cabal de estarlos creando para el auditorio que entonces tenía enfrente. Y este hecho, que tiene sin duda un valor didáctico ejemplar, ha sido criticado positiva y negativamente por quienes han escrito sobre él después de su muerte, ocurrida el 10 de junio de 1969². Lo positivo es lo que más resalta para mí ahora que lo recuerdo: la capacidad de re-creación y de sorpresa es un elemento fundamental en la enseñanza: la comunicación entusiasta no está reñida con el cuidado en la elaboración de las clases; al contrario, estos ingredientes son los que hacen de la exposición algo verdaderamente útil en la enseñanza y la verdad es que los echamos mucho de menos en la actual experiencia universitaria de nuestros días.

En fin, al terminar aquel segundo semestre de 1964, los estudiantes hicimos las preguntas y se las entregamos por escrito a Gaos, tal como él lo había indicado, en la última de las sesiones dedicadas a la exposición. Las dos últimas reuniones las dedicó a considerar las preguntas. Lo hizo ordenándolas temáticamente; respondió a aquellas en que la respuesta era posible y cuestionó las que no podía responder entonces, ya que, según nos lo hizo ver, para contestarlas era necesario entrar en el campo de la Antropología Filosófica (tema de un gran curso que iba a desarrollar al año siguiente, 1965, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, y que se publicaría como libro después de su muerte)³. Los ocho “prehistóricos” —como nos decían a los estudiantes del curso de ingreso— ha-

biamos logrado presentar a Gaos algunas preguntas que él juzgó entre las mejores y más a propósito para considerarse en el posible curso de Antropología Filosófica; así que entre satisfechos e inflados, solicitamos por medio del director del Centro de Estudios Históricos de El Colegio, Luis González, que Gaos nos diera ese curso, y Gaos aceptó y vino a darnoslo el segundo semestre de 1965.

El horario fue igual, los jueves por la tarde de seis a ocho, pero el desarrollo del curso muy distinto: lectura y comentarios de un capítulo de *El ser y el tiempo* de Martin Heidegger, durante la primera hora de clase, y comentario de los trabajos que sobre lo leído y apreciado por nosotros en la primera hora de clase debíamos presentar, en escritos de "no más de tres cuartillas", cada semana, para discutirlos durante la segunda hora. Curso duro y laborioso, pero lleno de entusiasmo, que se fue afirmando con el trato más cercano y familiar. En el breve descanso que hacía Gaos entre las dos horas de clase, hablábamos con él de muchas cosas, desde las cuestiones del curso mismo (curso que, sin decirnoslo Gaos había transformado en un seminario), hasta las de poesía (uno de nuestros compañeros, Guillermo Palacios, era poeta y andaba ya publicando líneas ininteligibles en revistas de poesía y literatura), pasando por las de música, pintura, viajes, lugares de España y de México, etc. etc., y esto seguía a la hora de la salida, cuando acompañábamos a Gaos al taxi o a esperar al "amigo taxista" que a veces tardaba algún tiempo en llegar.

En las clases y en las pláticas Gaos traía ejemplos y recuerdos de su Seminario de Historia de las Ideas. A propósito de algún problema que surgía en el comentario del texto de Heidegger, se hablaba del caso de la tesis de Luis Villoro, de la de Leopoldo Zea, o de cualquier otro que hubiera tenido que encarar lo que ahí o en nuestros trabajillos se planteaba. Admirábamos a aquellos discípulos de Gaos pues mal que bien, nos considerábamos aprendices de un oficio en el que ellos habían dado prueba de cierto dominio al elaborar tesis que, en la mayoría de los casos, se habían convertido en libros; libros agotados por aquel entonces y que teníamos que andar sacando de las bibliotecas para leerlos, y para descubrir en ellos el entusiasmo con que los autores habían definido y desarrollado "temas claves" en la historia de la cultura mexicana e hispanoamericana. De esa manera, Gaos nos hacía sentir que íbamos formando parte de una tradición académica que se señalaba por los buenos frutos logrados en un campo que prometía muchos más.

Así, Gaos nos indicaba la posibilidad de que algunas de las cuestiones planteadas en clase podrían desarrollarse con más propiedad estudiando ciertos aspectos de la historia de México; y esto nos animó a cuatro compañeros a pedirle que reabriera en El Colegio su Seminario de Historia de las Ideas, que por aquel entonces funcionaba en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, como una continuación de lo que allá y en El Colegio había iniciado muchos años antes. (Queríamos que Gaos nos dirigiera la tesis de maestría en historia, pues ya algunos de nuestros compañeros habían elegido tema de tesis en el seminario del doctor Silvio Zavala, en el que colaboraba

la muestra María del Carmen Velázquez). Gaos aceptó, y los jueves por las tardes del primer semestre de 1966 empezamos a trabajar con él en vistas, ya no a un curso o seminario general, sino con la intención de elaborar un trabajo propio, cuyo tema tendría que irse definiendo sobre la experiencia ganada por cada uno de nosotros.

Nadie más consciente que Gaos del valor de la experiencia para quien se dedica a las ciencias humanas, cuyo objeto es, precisamente, esa experiencia; sólo que determinada de una u otra forma, según la ciencia de que se trate. La historiografía la define como "pasado" o como transcurso comprensible y explicable; ejemplar, también, como lo señaló Gaos al narrarnos la historia del seminario del que ya formábamos parte.

En efecto, de las dos horas de seminario, la primera la dedicó a platicarnos lo que había ocurrido desde su fundación; y esto con el fin de que "viéramos cómo había trabajado" y para advertir las posibilidades que su experiencia nos ofrecía y la que nosotros podíamos ofrecer con la nuestra. Así empezó el recuento de sus labores en la historia de la filosofía, cuya investigación se le había impuesto como necesaria para desarrollar su "Filosofía de la Filosofía" —idea y término tomados de Dilthey, pero asumidos como empeño y concepción personal de la Filosofía—. La historia de la filosofía había que emprenderla a través de sus manifestaciones más obvias, es decir, tomando como punto de partida los "textos" o "cuerpos de expresiones verbales" en los que se manifestaban las ideas filosóficas, haciendo el análisis de los mismos, hasta llegar a su comprensión y explicación. Gaos era un historicista que conocía y utilizaba bien la fenomenología (una de sus "prisiones" en el intento de lograr la libertad en el campo de la filosofía, que él había aceptado como morada y destino). En Gaos se aunaban, pues, la perspectiva histórica y el método seguro y útil para el análisis de textos, monumentos y, en fin, de cualquier expresión de ideas que habían de historiarse —había más, pero esto fue lo que consideró entonces necesario traernos para aquel seminario.

Luego nos relató su salida de España, su llegada a México en 1938 y las experiencias, tanto de allá como de acá, que le hicieron tomar la decisión de establecerse en México. En España, la guerra civil y su desempeño como rector de la Universidad de Madrid habían puesto un alto a sus labores de "profesor de filosofía"; en México, la hospitalidad y la comprensión de un grupo selecto de mexicanos apoyados por el gobierno mexicano, abrían a los intelectuales españoles una casa, la Casa de España en México para que continuaran la labor que allá no podían realizar mientras la República triunfaba sobre la rebelión militar, que se había transformado en guerra civil y en anuncio de una conflagración mundial. Venían los intelectuales españoles en plan de permanecer poco tiempo en México: este era el supuesto, pero los hechos fueron haciendo que se dejara de lado, pues los años de 1939 en adelante fueron mostrando que la reconquista republicana de España era imposible. Ni el triunfo de Franco ni los compromisos que las naciones aliadas contrajeron durante y después de la Segunda Guerra Mundial se prestaron para favorecer a la causa republicana. "Pese a

eso —decía Gaos—, muchos de mis compañeros de emigración no han deshecho el equipaje, pues han vivido y viven con la esperanza de volver por su fueros de un día a otro. Y en esto han pasado ya más de veinticinco años (el relato lo hacía en 1966). La intención es digna y merece respeto; pero lo cierto es que han vivido y viven en espera de algo que no ha venido ni vendrá, y esto les ha impedido dedicarse a labores de las que son muy capaces, y en las que realizarían mucho de lo que pueden hacer por los demás y por ellos mismos, pues siempre es frustrante no poder desempeñarse en la profesión que uno ha elegido...” Luego platicaba de cómo, a diferencia de esos compatriotas suyos, él sí había “deshecho el equipaje” al llegar a México, pues a poco menos de tres años de su arribo al país, se había dicho a sí mismo que “aunque las cosas hubieran cambiado en España”, él ya había decidido quedarse en México, país en el que no era un desterrado, sino un “transterrado”, porque había encontrado “una patria de destino”.

Su “empatriación” en México obedeció, más que nada, al hecho de haber encontrado aquí un campo propio para realizar la vocación que había definido desde su “patria de origen”. Había que oírlo platicar cuando recordaba sus primeras experiencias en México.

A poco de su llegada se encontró con que se le acogía y se le comprendía como expositor de filosofía; con un conjunto de personas “formadas” que se allegaron a él, compartiendo intereses, materiales y campos de investigación y de enseñanza. Sobre todo encontró una serie de manifestaciones de la cultura mexicana que incitaban al investigador y al filósofo. Allá en Morelia —donde dio unas conferencias pocos días después de haber arribado a México— encontró en la Biblioteca del Colegio de San Nicolás el ensayo de Miguel Hidalgo sobre el método positivo para el estudio de la Teología, texto que le interesó sobremanera, pero que dejó en manos de un teólogo y

humanista mexicano, pues reconoció que no tenía el dominio de la teología necesario para estudiarlo en forma. Allí mismo encontró también las obras de Nietzsche, glosadas por un médico, que resultó ser nada menos que el maestro de Samuel Ramos, autor de un libro, *El perfil del hombre y la cultura en México*, que le había llamado la atención en España, años antes de que imaginara o pensara venir a México. Las casualidades y ocurrencias de su primeros días en México se fueron afirmando con el trato de Alfonso Reyes, Alfonso Caso, José Vasconcelos (a quien consideraba genial, “pues había intuido y resuelto problemas que la filosofía europea planteaba laboriosamente en las universidades”), entre los mayores; Larroyo, O’Gorman, Justino Fernández, Robles u otros profesores, entre los más jóvenes, que asitían a sus clases y con los que discutía y elaboraba trabajos.

De hecho, su Seminario de Historia de las Ideas ya se había esbozado en los cursos y conferencias de la Facultad de Filosofía y Letras; pero se perfiló claramente cuando Leopoldo Zea, autor de buenos trabajos en aquellos cursos, fue rescatado por Gaos de las labores de empleado en Telégrafos de México, para hacerlo el primer becario de El Colegio de México (institución que sucedió en 1940, a la Casa de España en México) a fin de que se dedicara plenamente al desarrollo del trabajo intelectual.

A partir de la aparición de Zea, Gaos empezó a relatar la aventura intelectual de cada uno de sus discípulos. La idea era aprovechar la necesidad de elaborar una tesis de filosofía en la Universidad para ahondar en la historia del pensamiento mexicano. Zea, con su “espantosa” puntualidad y buen sentido elaboró el primer gran trabajo sobre historia de las ideas en México que Gaos dirigió. El positivismo fue tratado en una obra ambiciosa y señera en ese campo, dividida en dos libros, *El positivismo en México* (1943) y *Apogeo y deca-*



dencia del positivismo en México (1944), que sirvieron a su autor como tesis de maestría y de doctorado, respectivamente.

Ya entonces, al platicarnos eso, Gaos nos hacía ver cómo la unidad de la empresa intelectual debe predominar sobre la división o los límites formales que imponen los *currícula* académicos. Si como intelectuales nos proponemos la resolución de un problema que planteamos, esto no debe obstaculizarse con "finales" de cursos o de "carreras"; al contrario, éstos deben servir como instrumentos, como etapas a la empresa que nos proponemos realizar. Los cursos o las clases deben ceder, a medida que se logra una formación, el paso a los seminarios. Y era un seminario lo que Gaos estaba continuando con nosotros. Por él habían pasado autores de tesis —luego libros—, cuyos accidentes, dificultades y posibilidades nos fue platicando. Recordaré aquí a Monelisa Pérez Marchand, quien después de una larga y cuidadosa investigación en el Archivo General de la Nación desplegó ante Gaos, abrumada ya por la abundancia de material, "dieciséis mil papeletas", fichas de trabajo, que sólo con un buen sentido histórico se encauzaron para definir lo que serían las *Dos etapas ideológicas del siglo XVIII en México a través de los papeles de la Inquisición*⁴.

Descubrimiento de textos interesantes, catástrofes ante la "reorganización y cambio" de la Biblioteca Nacional, de los archivos, luchas con los bibliotecarios, definición de temas en procesos ininterrumpidos de trabajo, rechazo de cuartillas elaboradas bajo el dictado de modas intelectuales, todo esto fue pasando ante nosotros cuando Gaos nos exponía, "por el revés", libros de prestigiados y admirados maestros universitarios que habían trabajado con él en el seminario. Todo esto era ejemplar de lo que se podía y debía hacer; también de lo que no se debía hacer ahí donde la experiencia mostraba pasos falsos en la empresa intelectual.

La segunda hora del seminario la dedicó Gaos a darnos una técnica para el manejo e interpretación de textos. Llevó algunos bien conocidos por él, pues o los había utilizado ya en alguna obra, o los había dado a conocer en alguna antología. Los leyó y fue haciendo las operaciones que la interpretación requiere: primero la ubicación del texto, haciendo la crítica de la autenticidad; luego, "un inventario de ideas", es decir, lista de las ideas o conceptos conforme van apareciendo en la lectura, advirtiendo cuáles se repiten, cuáles se desarrollan, cuáles se expresan excepcionalmente, cuáles se sacan en claro bajo expresiones vagas o encubridoras de propósitos que había que tener presentes ya desde la ubicación y primera crítica del texto. Luego jerarquizar o establecer el orden e importancia de las ideas o conceptos advertidos, según su frecuencia y relación en el discurso estudiado.

Tras esas operaciones había que volver sobre los propósitos del autor o autores del texto estudiado; descubrir e interpretar la situación en que se había elaborado, las implicaciones de la actividad de sus autores. Es decir, se trataba no tanto de encontrar ideas, sino más bien de descubrir y comprender a los autores o utilizadores de éstas para enraizar aquellas ideas en un medio histórico que era el que se pretendía explicar.

Eso resultaba bastante fácil al trabajar con textos "ideológicos", es decir con aquellos textos cuyo objeto era precisamente la expresión de conceptos o juicios, como los discursos científicos, filosóficos, políticos, etc. Pero de ahí había que pasar —y lo fuimos haciendo— a textos menos o nada ideológicos, como las meras descripciones, menciones ocasionales de sucesos, estados de ánimo, etc., alejándonos así de la historia de las ideas propiamente dichas, para pasar a la historia de las mentalidades o estratos psico-sociales de distintas épocas, expresados en las más diversas manifestaciones, que podían consistir ya no en textos o "cuerpos de expresiones verbales". Así, había que conocer e interpretar instrumentos técnicos, obras "de arte", construcciones, monumentos de cualquier índole en los que, a veces, habían más ideas que en los textos propiamente dichos.

Gaos trabajó frente a nosotros con textos y con ejemplares de monumentos que, al no ser "transportables", describía con gran propiedad; pero al mismo tiempo, cuando hacía esto último, nos ponía en guardia frente a lo que de "ideológico" pudiera haber ya en su descripción de monumentos y construcciones.

Primero utilizábamos todos el mismo texto y entregábamos un trabajo de análisis e interpretación, que él criticaba y comparaba con el de los demás y con el que hacía él mismo frente a nosotros. Luego, a medida que nuestros posibles campos de investigación para la tesis de maestría se fueron definiendo, ya en los finales del segundo semestre de 1966, cada uno de nosotros fue seleccionado ciertos materiales que llevábamos al seminario para leerlos y criticarlos entre todos. Paralelamente a esos trabajos sobre documentos históricos, tuvimos que hacer un ensayo bibliográfico sobre los escritos de historia de las ideas y de la cultura en el campo de nuestro especial interés, acotado por épocas o períodos de la historia de México. El resultado de esto se manifestó en escritos de treinta o más cuartillas, algunos con cuadros y comparaciones pretenciosamente "estadísticas", que fueron criticados y, también, echados por tierra al apreciar más detenidamente los escritos listados y agrupados en los distintos renglones que habíamos elegido para desarrollar el trabajo.

Al lado de las labores sobre textos históricos y trabajos historiográficos de México, Gaos logró interesarnos en otras lecturas que nada tenían que ver, aparentemente, con las "calificables" en el seminario, pero no por esto menos relacionadas con la ocupación o interés del mismo. Nos recomendó la lectura de obras ejemplares en la historia de las ideas y de la cultura, entre las cuales señaló algunas que era un verdadero placer leer y que debíamos adoptar como "libros de cabecera". También nos pedía bibliografías o listas de libros que, siguiendo nuestros propios intereses, leíamos "por nuestra cuenta". El trabajo no reñía ni tenía por qué reñir con las actividades de ocio. Había, eso sí, que hacer consciente toda la experiencia que íbamos logrando; así se unificaría la labor, así podríamos, cuando fuera necesario, utilizar esa experiencia en el trabajo formalmente —pero nada más eso, formalmente— definido como académico. (Todavía recuerdo el entusiasmo con que nos comentó alguna novela



que nos veía entre las manos, algún disco o partitura de música. Sin hacer objeto de crítica intelectual estas "distractions" nuestras, señalaba algún paralelo, alguna posibilidad de estudio o de aprecio en la historia).

Para 1967, cada uno de nosotros andaba, si no con un tema definido, sí por un campo más o menos acotado que pretendíamos cultivar para cosechar, por lo pronto, una tesis de maestría en historia. Entonces se acabaron las reuniones de los jueves por las tardes y empezaron las sesiones de trabajo individual. Había que fijar, ahora sí, un tema de tesis. La cuestión no era fácil porque ni los materiales que manejábamos ni los asuntos que pretendíamos abordar se ajustaban a los modelos destacados en la historia del seminario y en las lecturas hechas alrededor de éste.

Pero, bien visto, ese hecho había sido y seguía siendo la historia del seminario. Cada tesis había hecho y tenía que hacer su historia particular, y a ésta tenían que irse integrando autor y director. Historia que cada uno de nosotros deberá recordar y contar alguna vez. Por lo pronto, recordaré aquí rasgos generales del curso de nuestros personales trabajos, acudiendo a la experiencia propia y a los comentarios que en más de una ocasión hemos hecho los que trabajamos en nuestras tesis con la dirección de Gaos.

En primer lugar se nos impuso una seguridad en la valoración de lo que hacíamos, pues el Maestro jamás permitió que la sesión individual de trabajo fuera interrumpida o suspendida por algún requisito o llamado para otra cosa. Así, cuando las autoridades del Centro de Estudios Históricos o de El Colegio citaban a una junta de gran importancia a la hora que nos correspondía asistir al seminario, Gaos objetaba y pedía que se cambiara la hora, aduciendo que tenía que ver el trabajo de tesis de algún estudiante. Y si en alguna ocasión, por motivos de salud, preveía que iba a faltar a la hora convenida nos lo avisaba con gran anticipación, dándonos otra hora para discutir lo que en aquella teníamos que llevarle.

Gaos era muy consciente de la dispersión que nos imponían los quehaceres de los cursos que aún llevábamos, de los apuros por los que pasábamos para continuar la tesis y para cumplir con los trabajos "finales" de cada semestre. Pues bien, en esto se mostró como un buen empresario intelectual al hacernos ver lo que para la tesis —ya fuera materialmente o sólo como comparación— podríamos sacar de esos trabajos. Además, durante todo el tiempo que duró aquel seminario de tesis tuvo buen cuidado de percatarse del interés que teníamos cada uno en los distintos cursos y de aprovechar nuestras predilecciones sobre las distintas materias para desarrollarlas en el trabajo de tesis. De esta suerte, algunos de los apuros por trabajos a los finales de semestre se convirtieron en simples etapas del trabajo personal.

A algunos que mostramos siempre inseguridad frente a los logros de nuestras investigaciones y elaboraciones de escritos supo hacernos ver lo positivo. "Mire usted —me dijo cuando le presenté lo que consideraba pobrísimos resultados—, ahí tiene ya la parte central de la tesis, porque con esta documentación y el comentario que me ha hecho ha definido usted una realidad que hay que explicar históricamente; así que, a partir de nuestra próxi-

ma reunión me trae por escrito lo que aquí me ha dicho y lo que se le vaya ocurriendo. Si la investigación y los razonamientos se han realizado con rigor, no hay por qué dejarlos pasar en una conversación..."

Supo muy bien enseñarnos a dominar el pánico frente al papel en blanco, y la decepción y corrección infinitas sobre la primera cuartilla. "Es mejor tener algo escrito para ver qué es lo que falta, sobra o hay que enmendar, que partir una y otra vez de cero ..." —solía decirnos a los más inseguros.

La unidad y la continuidad del campo de investigación fue algo que nos enseñó a percibir y a tratar de lograr en nuestros trabajos. Algunos tuvimos que enfrentar el dilema de elaborar dos tesis al mismo tiempo; pues bien, de lo investigado para una podría salir y beneficiarse la otra, deslindando sobre una investigación distintos temas o puntos de vista. A la postre —así lo ví con claridad, pues tuve que hacer eso— lo realizado para una tesis iluminaba y definía mejor el tema de la otra. La relación entre ambos trabajos era recíproca y se desarrollaba en un campo que se había acotado y asumido como empresa personal y continua.

He tratado de recuperar en este escrito el testimonio de una experiencia, haciendo hacer y decir a Gaos algo que los que trabajábamos con él en sus últimos años consideramos nuestro y muy personal. Pero, si esto es cierto, también lo es que Gaos, previsor como nadie, definió muy bien lo que quería y hacía. Ahora, al terminar estas cuartillas me encuentro con uno de sus tantos libros, *La Filosofía en la Universidad*, donde al discutir las reformas en los planes de estudio en el campo de las humanidades allá por los años en que se inauguró la Ciudad Universitaria, echa mano de su gran experiencia de maestro, para entregar, como proyecto, la posibilidad de una historia como la que nos platicó e hizo compartir en su Seminario de Historia de las Ideas. Y esto, claro, sólo lo pudo hacer porque fue un hombre que supo definir y realizar su vocación como profesión.

NOTAS

¹ Síntesis de un curso semestral de Teoría de la Historia dado en El Colegio de México, publicado en *Historia Mexicana*, vol. V, núm. 4, abril-junio, 1960, p. 481-508. Puede verse también en: José Gaos, *De antropología e historiografía*. Jalapa, Universidad Veracruzana, 1967, p. 283-318.

² Luis Villoro: "Dos notas sobre José Gasos", *Revista de la Universidad de México*, vol. V, núm. 9, p. 8-9 Emilio Uranga: "José Gaos: personalidad y confesión", *Cuadernos Americanos*, año xxviii, vol clvi, septiembre-octubre, 1969, núm. 5, p. 130-156.

³ José Gaos *Del hombre (curso de 1965)*. México, Fondo de Cultura Económica, 1970. 590 p. (Publicaciones de *Diánoia*).

⁴ Publicado por El Colegio de México en 1945.

⁵ Ediciones de la Facultad de Filosofía y Letras, núm. 8, México, UNAM, 1956.